



AQUEL PRIMER CONCURSO DE "TXISTULARIS" DE BILBAO

Eceiza Michel

Todo comenzó cuando don Guillermo Lizaso cedió su silbote a Eugenio Errazquin, dejando la Banda de Txistularis renteriana compuesta por un trío de chavales con un «maisú» de más edad: don Martín Goñi, pregonero municipal y atabalero de la banda. Cuando se habló de concurrir al primer Concurso de Bandas de Txistularis convocado en Bilbao; para no desentonar entre aquellos críos, don Martín cedió el atabal a su hijo Evaristo. Y así, aquel conjunto quedó convertido en algo parecido a una escuela de párvulos: Alejandro Lizaso, txistu primero, era el mayor con sus 17 años; le seguía Perico Lizardi, txistu segundo, con 16; luego venía Evaristo Goñi con 15, siendo el benjamín Eugenio Errazquin, silbote, con 14 añitos.

Se presupone que cualquier conjunto de cualquier clacuyo promedio de edad sea quince años y medio,

tendrá grandes defectos debidos a su inexperiencia pero también una gran virtud, la ilusión, capaz de paliar e incluso eliminar aquéllos. Impulsados por ella, esta agrupación se fue acoplando, adquiriendo pronto prestigio de buenos ejecutantes, por lo que conjugaban sus deberes hacia el Municipio renteriano con actuaciones en diversas localidades a las que eran llamados para alegrar sus calles y fiestas con «kalegiras» y conciertos.

Conscientes de su valer, se reafirmaron en la idea de tomar parte en la primera edición de lo que luego sería el famoso Concurso de Bandas de Txistularis de Bilbao, para el cual se inscribieron los mejores conjuntos de Euskal Herria. Ello suponía extremar los «entrenamientos» como cualquier equipo de fútbol en vísperas de jugar una final. Su «campo» era la casa de los Lizaso, entonces al final de la calle Viteri, hacia Alaberga, lo suficiente aislada para no aburrir a los vecinos y que entonces pertene-

cía a la Fábrica de Muebles de Loidi, de la cual don Guillermo Lizaso era empleado. Es la misma en cuyos bajos se encuentra actualmente el taller de modelismo de don Pedro Otegui.

Entusiasmo y fe son patrimonio de la juventud y los chavales aquéllos que tenían de ambas cosas para derrochar. Los ensayos eran diarios y larguísimos. No es fácil una conjunción perfecta si no se practica con la suficiente tozudez y durante el tiempo necesario. Además, no desdeñaban ningún consejo válido, cual los de don Tomás Garbizu, el notable compositor lezotarra que sabe un rato largo de ritmos, tiempos y música... Así lograron un acoplamiento musical estupendo.

En plena dedicación a su puesta a punto, un accidente idiota casi da al traste con sus sueños. Llamados a las fiestas de Elizondo, la capital del Baztán, cuando discurrían por las calles con su alegre «biribilketa» congregando a la gente al concierto que iban a ejecutar; un automovilista despistado, en lugar de pisar el freno, piso el acelerador lanzando su vehículo contra la gente y atropellando, entre otros a Lizardi y Errazquin —que iban en el centro del cuarteto— los cuales sufrieron heridas de consideración. ¡Aquello fue un desastre! Lizardi, herido y ensangrentado mientras esperaba el socorro médico, olvidado de sus dolores pedía angustiado:

¡Mi txistu... mi txistu...! —ya que el instrumento voló, como él, por los aires—. Pronto se lo dieron calmando su mayor ansiedad... mientras lo llevaban al Cuarto de Socorro. Los «supervivientes», haciendo honor al contrato firmado, dieron el Concierto. Lizaso con su mágico txistu y Goñi con su destreza en el atabal, dejaron en buen lugar el malbaratado conjunto, pese a la natural congoja por ignorar el alcance de las lesiones de sus compañeros.

Esto no obstó para que, una vez los lesionados mejorados de sus heridas, reanudasen los ensayos. Sólo hubo una modificación: que en lugar de la casa de Lizaso ensayaban en la de Errazquin ya que éste, por la naturaleza de sus lesiones, no podía levantarse de la cama. Y ello, con la desesperación de los vecinos de aquella casa de la calle Santa Clara, que tenían que taparse los oídos con algodones a fin de no volverse locos por una indigestión de txistu.

Esta dolorosa etapa fue superada y al final llegó aquel septiembre de 1928, con su Concurso bilbaíno, el «coco» del cual era la Banda de Vitoria con su magnífico primer txistu don Primitivo Onraita. El jurado calificador lo integraban el famoso compositor Jesús Guridi, el no menos famoso organista de Begoña, Gorosarri, el director de la Banda Municipal de Música de Bilbao y un concejal en representación del Ayuntamiento bilbaíno.

Los participantes, previo sorteo de su orden de actuación, fueron confinados a los bajos del Teatro Arriaga a fin de que no pudiesen escuchar las interpretaciones de sus rivales en el kiosko del Arenal.

Cada vez que el conserje del Ayuntamiento bilbaíno venía en pos de la banda de turno para que acudiese a la palestra; los jovencísimos txistularis renterianos le preguntaban:

Qué tal lo han hecho los que acaban de tocar?

Y la respuesta no era muy animadora:

¡Muy bien... muy bien...!

Cuando regresaba dicho conserje a por otra Banda, los chavales, nerviosos, volvían a insistir:

Qué tal los últimos?

Muy bien... muy bien... ¡Mejor que los anteriores! —seguía siendo la desilusionante respuesta. Y tanto se repitió ésta que, los renterianos, a quienes la suerte relegó a actuar en último lugar, al oír el consabido:

Muy bien... muy bien ¡Mejor que los otros!

por los que tocaron en penúltimo lugar, respondieron al buen conserje:

Entonces ganaremos. Como somos los últimos y usted dice que los que siguen siempre lo hacen mejor que los anteriores ¡Nosotros lo haremos mejor que nadie!

El conserje, riendo, constestó:

Sois muy chavales aún... dentro de unos años, quizá... ¡Ahora, a aprender!

Cuando caminaban hacia el kiosko del Arenal, don Guillermo Lizaso les salió al encuentro y para animarlos les repetía:

¡Eon lasai... lasai mutillak! ¡Si tocais como en los ensayos, quedareis pero que muy bien...!

Mientras todo esto sucedía, don Martín Goñi —que fue parte de la cortísima comitiva que acompañó a los «chicos»— al iniciarse el certamen no pudo contener su nerviosismo y subió hasta el santuario de la Virgen de Begoña para dar tiempo a que se consumasen los hechos y no sufrir escuchando a unos y a otros. Después, al juzgar transcurrido el tiempo suficiente para que hubiera terminado el Concurso, descendió para enterarse del resultado y se encontró con que, en aquel preciso momento, comenzaban a lanzar sus arpegios al aire, los «suyos».

Y, ya conocen el resultado. Constituyendo la gran sorpresa de aquel Certamen, se alzaron con el triunfo, con un triunfo en que nadie —salvo ellos en su fuero interno quizá— creyó posible.

Regresaron en los Ferrocarriles Vascongados. Ya en Zarauz se sumaron algunos entusiastas a la corta comitiva de acompañantes, como un prelude de lo que iba a ser en Rentería. En el tren, la nota más bulliciosa la daba don Guillermo Lizaso quien, exultante de alegría y de nervios, no hacía más que repetir a la cuadrilla de su hijo:

¡No sabéis lo que habéis hecho... No sabéis lo que habéis hecho...!

En San Sebastián tomaron el «Topo» hasta nuestra Villa donde el pueblo en masa, acompañado de la Banda de Música, les llevó en triunfo hasta el Ayuntamiento. Alcalde y concejales, tras felicitarles efusivamente, les hicieron tocar la obra impuesta en el balcón principal del edificio para corresponder así a la gran multitud que les vitoreaba.

Este éxito se repitió al año siguiente aunque esta vez ya no sorprendieron a nadie.

Fue un justo premio al tesón, ilusión y fe de unos jóvenes, ejemplo de lo que se puede lograr con fuerza de voluntad y ensayos. Una ruta clara para los txistularis del Ereintza (subcampeones en el mismo certamen bilbaíno en 1981) haciendo honor a la escuela de los Lizaso, Goñi y compañía...